

espontáneo por excelencia todo tiende a cristalizar en fórmulas muertas. Se diría que las aguas petrificantes de Oriente forman en torno de toda imagen su mortaja de luz. En ninguna parte sino en Egipto las momias conservan tan subido color; en ninguna parte la realidad que pasa halla tan pronto su expresión vitalicia. La sabiduría popular queda acuñada en los proverbios que resumen la experiencia de la raza ambulante. La expresión de cualquier pena del corazón está ya clavada con siete puñales en una de esas coplas desgarradas que resumen lamentos nuevos con tan antiguas palabras. Sentimiento, escena, paisaje, todo fué ya catalogado por los miembros de la Academia Española, que escriben de la misma manera, con las mismas perífrasis, pues trabajan en los Archivos nacionales: los maestros del Siglo de Oro. Pero frente a esta guardia civil con sombrero de hule están los jóvenes guerrilleros, que apuntan bien; está *Fantasio*, que le toma el pelo al señor Prudhomme.

Me replicará usted que los jóvenes han roto con la tradición. ¡Canastos! Son tan españoles como el que más. Hermoso desorden, libertad: he ahí su consigna, que es guerra política desde los tiempos de Larra. La disciplina no fué nunca española; la perfecta simetría del pueblo de arquitectos, que es Francia, le importa poco. (Recordemos que Ignacio de Loyola era vasco: sentido de la jerarquía, rigor lógico, frío domoñar de la pasión; todo ello produce en nuestra España la sensación del extranjero.) Allí cualquier literato en un Campeador que

(1) *La Póetica o reglas de la poesía en general y de sus principales especies*, por D. Ignacio Luzán (Zaragoza, 1737).—¡Cuán triste es tener razón con los pedantes! Confesemos que esta *Póetica* tan burlada está llena de sensatez. Luzán, fiel discípulo de Aristóteles y de Boileau, no puede comprender los desvíos del genio español, que desecha durante los grandes siglos las convenciones de la tragedia, hasta el punto de que un personaje sea, como en la burla de Boileau, *enfant au premier acte et barbon au dernier*. No comprende que nos riamos, como Shakespeare, de la exactitud geográfica y cronológica si la verdad humana no quedó defraudada. Los personajes de una comedia de Calderón o de Lope, ya estén en Viena, en Hungría o en la Grecia antigua, «parecen—nos dice Luzán—más bien españoles de nuestro tiempo que hombres de naciones tan diferentes». Un personaje de la antigüedad, mienta la pólvora y las balas; una pieza de Lope de Vega consta de tantos personajes, que el orden clásico está abolido.

Aplaudimos hoy este realismo precursor que desconcertara al tímido Luzán. Mas ¿cómo no darle la razón cuando hablando sin saberlo, en nombre del idéntico realismo, condena a las heroínas de comedia que «hablan con más erudición y elegancia de lo que es natural», a los personajes que son invariablemente «enamorado y valientes» y que, en medio de celos y cóleras, saben urdir tales sutilezas que privan a sus pasiones de todo crédito? A Luzán le chocaba el contraste arbitrario del primer galán español, cuyo papel es siempre severo, con su criado, que parecía tener la exclusiva misión de hacer reír. (Los pobres no tenían derecho a ser desgraciados, puesto que estaban fuera de los complicados ritos del honor clásico.)

Las observaciones del autor de la *Póetica* sobre el lirismo de su país son certeras y actualísimas. Dice (¡como Verlaine!) que la poesía española degeneró con la elocuencia. Cita a Boscán, a Manrique, a Santillana, a Gutierre de Cetina, a Garcilaso, los «padres de las Musas españolas», cuya influencia continúa hasta el siglo XVI. Un día, «yo no sé por qué fatal desgracia», la poesía degeneró en una «hinchazón enfermiza y en un artificio afectado». «A mi parecer—agrega hablando de Góngora—, su locución es del toda nueva y extraña para nuestro idioma». «Florecieron en España—dice Luzán—grandes y agudos ingenios, pero no siempre se hallan unidos el ingenio y el juicio». ¡Gran decir!

Pero el academismo que Luzán exalta no es acaso compatible con la ardencia española, y un clasicismo demasiado francés sería para nosotros una escuela de trivialidades. Entre el dinamismo de la raza y esta sensata escuela francesa, impregnada de razón hasta el lirismo; entre nuestro desorden «belfegoriano», que mezcla los géneros empapándolos de poesía invencible, y el racionalismo de estos podadores profesionales, que encuentran a Verlaine demasiado nórdico, cabe tal vez un clasicismo perplejo, que no reniega de ninguno de los antiguos hallazgos espléndidos, pero que quiere detener, en las orillas del Hades sombrío, a todos los mágicos prodigiosos...

conquista a su manera y nunca sofrena a su Babiaca. El mismo Luzán, autor de la famosa *Póetica*, lo declaraba con cierta melancolía⁽¹⁾. Pero siempre aspiramos a lo que no tenemos, y el español busca la disciplina que le falta retorciendo y martillando la materia verbal, como los orfebres árabes inscriben versículos del Corán en la espiral de un lampadario.

Cada cual es clásico a su manera... La inestabilidad de una fuerza tumultuosa que no siempre sabe hallar el equilibrio y llega a la sequedad por el camino de la abundancia, es el tormento español. Calderón y Lope de Vega, en ciertas jornadas de sus comedias cultas; Góngora, que refina el orgullo de ser incomprendido hasta perderse en la tempestad tenebrosa de sus *Soledades*: he aquí las cumbres de lo abstracto, el mal gusto doloroso y las metáforas que ciegan los ojos con el fuego de mil espejos simultáneos. Por alejarse del lenguaje común se llega a tal hermetismo. La misma frase de Cervantes, piedra de toque de la prosa española clásica, no conserva su inmortal encanto sino en las *Novelas Ejemplares* y en *Don Quijote*. En otras obras la entumece el desmayado italianismo o la desfigura el lenguaje culto.

Ello no quiere decir, querido maestro, que el equilibrio no exista en España. Ejemplos son de perfecta maestría la ya citada *Celestina*, los Argensola, Fray Luis, Garcilaso y Quevedo. Pero son excepción mudable y perecedera. Además, un «estúpido» siglo XVIII empeñó esta gloria sin par. Cuando llegamos a la vida literaria en el siglo XX nos presentaban por modelo la prosa trivialísima de Pérez Galdós, las sinuosidades barrocas de Juan Valera y de toda una cáfila agarena de escritores que ahogaban, en períodos muy largos, un pensamiento muy breve. ¡Cuán anciano era todo en ellos: las ideas y el vocabulario! Un *Deus ex machina* fué entonces, en la tragedia española, la llegada de Rubén Darío a Madrid. Ya reproché a usted oportuna y amistosamente que no se hubiera asimilado bien esta renovación de valores espirituales. No puede conocer exactamente la literatura española si no está al tanto del renacimiento de nuestra América. Un indio vigoroso y genial demostraba irrefutablemente la influencia de las antiguas colonias sobre la metrópoli. ¡Todo ha naufragado, señor mío, y cómo aplaudiría Larra este naufragio!

España se alejaba de la gracia helénica y ahora vuelve sus pasos al Acrópolis. A los pedantes, a los oradores de la prosa cuyas frases tienen la extensión de una página, suceden los *Azorín*, que respiran mejor. Valle-Inclán puede hacer alarde de la simplicidad armoniosa y fuerte de un Greco más alegre, sin afectar el casticismo rocallado del horrible Pereda. Lea usted a los jóvenes, señor mío, que tal vez conoce mal, puesto que no los cita usted con exactitud, y verá que un Gabriel Miró, un Gómez de la Serna, un Jacinto Grau, un Hernández-Catá y un Enrique Díez-Canedo, por citar sólo a unos cuantos, pueden escribir en estilo bien cortado, elegante y nervioso, sin olvidar su sintaxis y su vocabulario. También son partidarios del «estilo rápido», sin creer por eso que la lentitud del período—y de Gracián, ¿qué hace usted?—sea una fatalidad del español.

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

(Concluirá esta Carta en la entrega próxima).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejops. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
Simpatías y Diferencias (Cuatro series) Precio de cada serie \$ 2.50